

ALBERTO CONEJERO

Leonora

Índice

Nota del autor, 11

01

el cuerpo es siempre la primera pincelada, 13

02

retrato de familia con niña-centauro, 17

03

cuatro mujeres dormidas, 23

04

como los pájaros, 29

05

el pacto con la montaña, 35

06

el ángel caído, 39

07

un animal salvaje, 47

08

el vals de los ángeles heridos, 53

09
cardiazol y limones, 57

10
detrás de los párpados vigilo mi exilio del mundo, 61

11
la Ofelia de mil ríos, 65

12
de nuevo el ángel, 73

13
el fado de los viejos amantes, 77

14
revelación, 83

*Estoy fuera con linternas,
buscándome a mí misma.*

EMILY DICKINSON

*¿Para qué inventar?
Lo cierto es más raro.*

SILVINA OCAMPO

*Ahora hago
la lucha de vivir conmigo
misma, que no es muy fácil.*

LEONORA CARRINGTON

Nota del autor

Este texto está inspirado libremente en la obra y en algunos episodios de la vida de la creadora Leonora Carrington.

Si llegara a un escenario podría ser interpretado por una o por varias actrices, quizá acompañadas de cinco hombres, cinco caballos y cinco violines.

Quiero dar las gracias a Luz Arcas, Clara Peya, Juan Carrillo, Gabriela Flores, Luis Herrero, Zaira Montes, José Troncoso, Eva Rufo, Xavier Bobés y Machús Osinaga por su compañía y su mirada generosa durante el proceso de escritura. También agradezco a la Universidad Nacional Autónoma de México el apoyo que me ofreció para una primera aproximación al universo de la creadora.

Este texto no hubiera sido posible sin la lectura del diario de Leonora Carrington *Memorias de abajo*, publicado por Alpha Decay en traducción de Francisco Torres Oliver; aparecen también citados algunos versos de Christine Lavant y de Odiseas Elitis.

Mi gratitud y mi devoción por Leonora.

el cuerpo es siempre la primera pincelada

En el inicio puede que todo el escenario esté a oscuras. Quizá el texto que sigue se proyecte o susurre sin que veamos aún el cuerpo de la intérprete. Si el texto permaneciera en el folio, divisaríamos estas primeras letras empujando desde el corazón del blanco:

Si este escenario no fuera un escenario,
sería un lienzo.

*Aparece LEONORA. ¿De dónde surgió?
¿De entre la luz, del fondo del folio o del lienzo?*

LEONORA.—

Hasta que he aparecido,
el lienzo estaba en blanco.

El cuerpo es siempre la primera pincelada.

La pintura que os voy a entregar
cuando abandone este escenario
no tendrá asunto ni argumento;

tampoco la pobreza de la comprensión
a la que llamamos «tema».

Nada de eso.

Mi dolor y mi alegría,
mis vivos y mis muertos,
es lo que voy a hacer visible
en la pintura.

En un margen, al terminar, escribiré mi nombre:

Mary Leonora...

El apellido queda detenido en la boca.

Si este escenario fuera un lienzo, yo aquí vendría a pintar mi autorretrato, pero yo soy multitudes, así que mi autorretrato es siempre colectivo. ¿Cuántas Leonoras han muerto y cuántas han nacido? ¿Cuántas me esperan al otro lado del mar y cuántas están aquí, conmigo?

Porque
lo desconozco,
me adentro
en la pintura.

Lo primero que perfilo es esta escena: la del puerto de Lisboa, una mañana de julio de 1941.

En el puerto, una figura de mujer.

La mujer, sentada sobre una maleta o de pie, da igual, soy yo, Leonora Carrington, y estoy en el puerto de Lisboa esperando para subir a un barco. El barco —lo veo allí: metálico, gigante, helado—

se llama SS Exeter y su destino es Nueva York. La maleta en la que espero sentada o que sujeto con la mano izquierda tiene mi nombre cosido y una plaquita de latón incrustada con una palabra escrita: REVELACIÓN.

En ese momento de mi vida tengo veinticuatro años, pero mi voz puede estar en un cuerpo de diez o de cincuenta o de cien. Porque en el escenario, como en el lienzo, conviven el pasado, el presente y el futuro.

Si este escenario —os digo— fuera un lienzo, fuera un cuerpo, fuera un puerto, fuera un cielo, yo habría llegado hasta aquí huyendo de los deseos de mi padre, que quiere enviarme a un sanatorio mental, ¡juno más!, esta vez en Sudáfrica, porque yo, su hija —la rara, la perdida, la pintora, la descarriada, la echada a perder, la echada a llorar, la echada a temblar, la echada al mundo—, necesito vigilancia. Y yo, papá, yo lo único que necesito es OLVIDARTE.

Para hacerlo he de arrancar la parte podrida de mis raíces.

Remonto mi vida. Subo por los años como una alpinista. Escalo, escalo y escalo, siempre a punto de resbalar y de desaparecer en el vacío.

Tengo veinticuatro años.

Tengo veinte años.

Tengo quince años.

Tengo diez años.

Tengo cinco años.

*En las últimas líneas ha empezado a sonar un rumor
de voces en distintos idiomas y un relincho de caballo.*

retrato de familia con niña-centauro

La luz ha cambiado. Quizá ha proseguido el relincho de caballo, y puede que se le hayan sumado un espiguelo de agujas de reloj, el balido lejano de ovejas encerradas en los vagones de un tren, la sirena de un barco y el estruendo de puertas metálicas al cerrarse... Quizá algo sutil también ha cambiado en la voz de LEONORA, algo que tiene que ver con la infancia.

LEONORA.—

Siempre salí borrosa en los retratos de familia.
O de espaldas. O con un gesto inconveniente.

—Leonora, ¿no te puedes quedar quieta?

—Leonora, nos arruinas la fotografía.

—Leonora, ¿te tendremos que atar las manos?

Leonora, Leonora, Leonora.

Leonora, la niña de buena familia,
corriendo por la campiña inglesa, escondida
en algún rincón de la mansión, soñando
con ser la protagonista de una leyenda celta.

Yo, Leonora,

la única mujer de cuatro hermanos,
la gran decepción de mi padre,
que imaginó para mí
un destino preclaro:
un marido aristócrata y cuatro o cinco partos;
pero yo escapo,
escapo,
escapo
de su voluntad.

Me pierdo con los libros y las grullas,
me pierdo entre los abedules y en los remansos
de Hazelwood Hall:
me alzo sobre un caballito de cartón
al que bautizo con el nombre de Tártaro.
Subida a su grupa, me paso horas
y horas y horas y horas y horas y horas
y horas y horas y horas y horas y horas
al galope de la imaginación.

Cuando mi padre descubre
que amo ese caballo de cartón
le prende fuego.

Mi madre llora, pero no lo detiene;
no dice ni hace nada.

Mi padre prende fuego a mi caballo.
Lo veo
arder.

Cuando el caballito se consume,
recojo las cenizas con las manos
y me las trago.

Ahora soy una niña-centauro.

Mi niñera irlandesa, Nanny,
ha visto lo que he hecho con las cenizas;
me arrastra de la muñeca izquierda,
me lava las manos, la cara, el cuerpo entero
con jabón e incienso;
me dice: «Se te ha metido bien adentro el diablo, Leonorita»,
y se persigna
y frota y frota y frota y frota mi carne hasta dejarla ardiendo.

No es suficiente. No puede quedarse callada.
«Leonora se ha tragado las cenizas del caballo»,
les dice a mis padres, y vuelve a persignarse.

Los veo hablar en el jardín. Mi padre mueve los brazos en el aire.
Mi madre asiente en silencio.
Me descubre mirándolos por la ventana.
Baja la cabeza... y comprendo.
Mis hermanos, todos de ojos verdes, tampoco me defienden.

Mi padre me envía a un internado y me expulsan.
Me envía a otro internado y también me expulsan.
Se enfurece mi padre. Quiere castigarme
con la distancia, «un exilio corrector».
Considera que necesito la disciplina de los viejos católicos
del continente,
gente que habla de la piedad sin piedad alguna.

—Prepara tu maleta, Leonora.

—Siempre está preparada. ¿Adónde me enviáis?

Mi padre ha encontrado una Escuela de Buenos Modales
para aristócratas en Florencia.

Y ese fue tu error, papá. El definitivo.
Para alejarme de mi destino, me empujaste a él.
Porque allí, en Florencia, delante de un cuadro de Ucello,
sucede la revelación.
Un meteorito azulado recorre mis venas
cuando contemplo el cuadro.
No hay vuelta atrás.
La revelación.

*Pausa. Quizá LEONORA nos mira a nosotros, como
si formáramos el cuadro de Ucello. Quizá podemos ver
así en sus ojos la revelación.*

Seré artista. Seré
pintora.

Me lo repito como una promesa o un mandato
delante del cuadro de Ucello.

Seré
pintora.

Regreso a Inglaterra
con mi vocación escondida en el pecho
como un pájaro asustado.

¿Cómo voy a callarme esto?
¿Cómo voy a callarme esto?
¿Cómo voy a callarme esto?